

LA SILLA VACÍA

José María Rodríguez Cepeda

I

Los aplausos atronaron la sala tras la intervención del erudito poeta local que la editorial había traído para presentar el libro. El poeta se había extendido durante sus buenos tres cuartos de hora sobre la obra de Eloísa Hernández de Ayala y no había perdonado lugar de la ciudad, real o imaginado por él, en donde Eloísa hubiese puesto el pie durante sus dos estancias en la misma, la primera, de 1837 a 1839, joven e ilusionada, y la segunda, en sus postrimerías, alrededor de 1865, cuando Eloísa, de joven romántica arrebatada, había pasado a ser una caricatura de sí misma, pálida y enlutada, que es como aparece en sus últimos daguerrotipos.

Después fue el turno del representante de la editorial que, tras mirarme de hito en hito con esa compasiva curiosidad con la que se contempla a un lunático inofensivo, tomó la palabra para referirse a la importancia del nuevo título de la colección en el *empeño sostenido de recuperar la memoria colectiva de nuestra región*, y de cómo se cumplía la voluntad del fundador alentando la publicación de autores desconocidos mediante el encargo de obras que les permitieran encontrar un lugar en el hermético mundo literario.

Mientras esperaba a que terminara para decir las palabras de agradecimiento, que en verdad sentía, y de falsa humildad, que no sentía tanto, que suele decir el autor en estos casos, la mirada de Carmen, que estaba en primera fila, se cruzó con la mía. Le sonreí pudorosamente y apreté con fuerza el ejemplar dedicado que mantenía entre mis rodillas, oculto debajo de la mesa, para sorprenderla al final del acto. Después miré al asiento vacío que tenía a mi derecha, volví la vista de nuevo a Carmen, guié su mirada hacia él y dije simplemente “Gracias Margot”.

Unos segundos después, mi memoria, con la velocidad a que cruzan el cielo las estrellas fugaces en la noche sideral, salía por la ventana e iba a posarse en un punto bastante atrás en el tiempo haciendo una pequeña parada en otro posterior: octubre de 1996 con escala en junio del 99.

Un *encargo*, sí, al principio fue sólo un encargo. O ni eso, porque cuando fui a ver al joven director de aquella editorial recién creada en una ciudad de provincias, como es la mía, en la que no abundan, precisamente, las editoriales, me dijo simplemente que sí, que existía el proyecto de hacer una colección de biografías de

personajes más o menos ilustres vinculados a la Comunidad Autónoma pero que eso no era una cuestión *prioritaria*, que primero tenían que echar a andar. Esas, creo recordar, fueron exactamente sus palabras. A continuación me prometió que, en cuanto se abordara el proyecto tomaría contacto conmigo, pues la idea le había parecido interesante y la breve síntesis que le había llevado, bien escrita. Pero cuando traté de que me diera un plazo, una fecha, sólo me dijo que tenía fundadas esperanzas de que eso pudiera ocurrir antes de un año.

¡Un año nada menos! Pero... pensándolo bien, ¿qué era un año para quien llevaba perdidos tantos?

Octubre del 96. Nunca olvidaré ese mes ni la sensación de ingravidez casi levitatoria con que yo lo viví. Fue precisamente en esa fecha cuando, tras muchos años de dudas y angustias, por fin me decidí a tomar aquella decisión arriesgada y que tan criticada fue por mis allegados más directos y por los pocos amigos que por aquel entonces me quedaban: dejar el despacho, los pleitos, todo ese submundo de basura judicial, como yo lo denominaba para mis adentros, para consagrarme exclusivamente a escribir.

A mi favor tenía poseer unas rentas relativamente holgadas que me permitirían *vivir unos años sin trabajar*, que era cómo los ignorantes que me rodeaban llamaron entonces, y creo que algunos aún deben de hacerlo, a mi actitud y a mis propósitos. También, he de reconocerlo en su honor, tenía de mi parte a Carmen, mi mujer, la única persona que siempre confió en mí o, al menos, cuando dudaba de mis posibilidades literarias, nunca me forzó a llevar la contraria a mi vocación, tal vez porque poseía esa clase de inteligencia intuitiva y bondadosa, tan poco común, que le hacía darse cuenta de que de mi felicidad profesional dependía en buen grado nuestra dicha conyugal.

En los primeros meses me había costado adquirir una disciplina diaria de escritura y, sobre todo, desembarazarme de todo ese lenguaje jurídico lleno de coletillas y de pleonasmos que ensuciaba mi estilo literario como una mugre adherida a su piel. Además, el tiempo inabarcable del que tiene todo el día por delante sin ninguna obligación más que la que él mismo se impone pesaba sobre mí como una plancha de hierro, pero poco a poco lo fui consiguiendo.

Cuando recuerdo aquellos días que, encadenados unos tras otros, llenaron casi tres años de mi existencia, no puedo por menos que acusarme de ingenuo. No tenía entonces ni idea de lo duros que iban a resultar, tan distantes del camino de rosas que imaginaba en la época en que trabajaba en el despacho.

Entonces no conocía lo larga que se puede hacer una mañana encerrado en casa delante de un ordenador, tecleando letra a letra en la pantalla ideas peregrinas, pensamientos cada vez más fuera de la realidad, invadido por la duda creciente de que algún día pudieran interesar a alguien. Tampoco el martirio que supone extraer

historias de la nada, provisto, por todo bagaje, de mi viejo pijama, mis chancletas cochambrosas, los cigarrillos y la barba de tres días, así como de mis miedos y mis obsesiones.

En esas condiciones, en las que uno se hace un experto en la observación de los cambios de la luz sobre la pared de enfrente del patio interior de la casa o en contar los pasos que median entre el estudio y la cocina, no podía evitar que mis nervios se dispararan y que cualquier ruido del exterior, timbre del teléfono o del portero automático, ansioso como estaba por escuchar la llamada de los editores, adquiriera para mí dimensiones alarmantes.

Las dudas acerca de si volver de nuevo al despacho, la sensación de ser un parásito social que come la sopa boba, la pérdida progresiva de contacto con el mundo real, el dinero de la cuenta que va menguando... Todas esas sensaciones me iban atenazando progresivamente y yo tenía que hacer un esfuerzo mayor cada mañana simplemente para levantarme de la cama.

En esas estaba cuando un día se me ocurrió hacer una visita a una tía anciana y solterona, hermana de mi madre, que vive en un pueblo no demasiado distante de mi ciudad.

Mi tía Emma, un poco rara y huraña, pero entrañable a poco que se la conozca, representa en mi familia un papel similar al que jugaban las vestales en la antigua Roma: ser la depositaria de la memoria de nuestros antepasados.

Al verme aparecer se emocionó mucho y pude observar en sus ojos claros y todavía hermosos ese rastro de humedad que precede a las lágrimas. Luego me recriminó dulcemente lo poco que la visitaba. Durante un rato, tras sacar su mejor mantelería, olorosa a alcanfor, y el juego de porcelana china e invitarme a café, estuvimos charlando, como siempre, de recuerdos de personas que ya se fueron y de otras cuestiones sin importancia. Fue justo en el momento en que me levanté para despedirme cuando me dijo que tenía algo para mí.

Expectante, la vi salir sigilosa por la puerta del salón y bajar las escaleras en dirección al sótano de la casona, limpia como los chorros de oro y repleta por todos lados de cuadros de vírgenes y de santos pintados al óleo. A los pocos minutos volvió con un libro de tapas amarillentas en una mano y unos periódicos viejos en la otra. Cuando tomé el libro en las mías temí por un momento que se fuera a desintegrar, tal era su vetustez y pésimo estado de conservación. Las pastas, de ese papel basto que se usaba a principios de siglo, estaban ennegrecidas por la humedad, los lomos descosidos y muchas de sus hojas sueltas. Alguien había intentado pegarlas con cinta adhesiva pero esta había saltado y se había comado hacia atrás.

En la cubierta se podía leer en letra gótica “Eloísa Hernández de Ayala” y debajo, a modo de subtítulo, con un tipo de letra de tamaño menor “Cartas dirigidas por la famosa poetisa a D. Julio Ríos, q.e.p.d.”. Abajo del todo, y con letra aún más pequeña, “Imprenta Matritense” y, a continuación “1907”, el año de la edición. La segunda página era una litografía de forma ovalada en la que se representaba la figura sedente de una dama aún

joven y opulenta, vestida con un traje de terciopelo negro y de amplio escote sobre el que caía un collar de perlas. Su tez era redondeada y su pelo muy negro con una raya en medio que lo partía en dos mitades perfectamente simétricas. Lo que más llamaba la atención en ella era la tristeza de su mirada, que parecía pedir auxilio, al tiempo que se posaba en algún punto del espacio situado detrás del retratista. Este la había pintado con una de sus manos resbalando inerte del brazo del sillón mientras que con la otra sostenía un abanico.

De inmediato caí en la cuenta. Aquellas eran las famosas cartas de Margot, que este era el seudónimo con que habitualmente firmaba Eloísa, y con ese nombre siempre había oído hablar en casa de ella y de sus cartas, que nunca hasta entonces había tenido la ocasión de leer. Mentalmente traté de ordenar lo poco que sabía sobre Margot: que había sido una poetisa del Romanticismo nacida en las Antillas, en la época de la Colonia, famosa en su tiempo en el Madrid de Isabel II, pero que hoy día casi nadie recordaba; que durante años había mantenido correspondencia con mi tatarabuelo, al que había conocido cuando ambos eran muy jóvenes, durante su primera estancia en mi ciudad, y del que, según tenía entendido, había estado perdidamente enamorada el resto de su vida sin haber sido correspondida más que con una tibia amistad...

Mi tía me miró con sus ojillos maliciosos al tiempo que me alargaba el fajo de periódicos.

--Ahora te dedicas a escribir, ¿no?

Asentí silenciosamente.

--Pues ahí tienes una buena tarea, hijo mío. Parece como si lo hubiese dispuesto la Providencia—me dijo en un tono solemne inusual en ella-- No te rías. La Providencia, sí, la Providencia, que es la que a fin de cuentas rige todos y cada uno de nuestros actos ¡Ya lo creo que es providencial que al final de mi vida me haya salido escritor mi sobrino mayor, al que más quiero!

Se quitó las gafas para limpiarlas. Observé que su mirada se había humedecido aun más que al principio, pero eso sólo fue por un instante, porque inmediatamente se las puso de nuevo, echó una rápida ojeada a aquellas líneas, me miró fijamente y su tono de voz adquirió un tono firme.

--Como sabrás y, si no lo sabes, lo leerás en estos periódicos, durante todos estos años una serie de periodistillas de poca monta se han dedicado a ensuciar el nombre de tu tatarabuelo. Que si fue un pusilánime, un comodón, que si nunca estuvo a la altura del amor que la *excelsa* poetisa le ofrecía. Incluso alguno se ha atrevido a insinuar que Don Julio era... --se puso colorada y no terminó la frase. Luego continuó.

--¿Te parece cosa de poca monta para un Ríos como Dios manda dedicarse a limpiar el nombre de un antepasado injustamente tratado por los que creen que lo saben todo? ¡Pero si Don Julio era un alma bendita y la Margot una arpía de mucho cuidado...! ¡Fíjate, si después hasta tuvo un hijo fuera del matrimonio! Además... si tu tatarabuelo se hubiera casado con ella, ¡ni tú ni yo estaríamos hoy aquí!—me dijo a modo de argumento definitivo sonriendo por fin y dándome un codazo. A continuación, dio por concluida la audiencia, al tiempo que me acompañaba a la puerta y me estampaba un sonoro beso de despedida.

Durante todo el viaje de vuelta estuve rumiando las extrañas ocurrencias de mi tía. ¿Qué pretendía esta mujer que yo hiciera a estas alturas? ¿Qué escribiera cartas al director a los periódicos, que redactara un artículo, que elaborase una contrabiografía en donde resaltaran las virtudes de mi ancestro frente a los defectos de Margot? Cualesquiera de aquellas posibilidades me parecían algo descabellado y sin el menor sentido.

Yo quería considerarme un autor de ficción y nada más lejos de mi propósito que ponerme a escribir sobre la vida amorosa de un personaje tan lejano como para mí era Don Julio Ríos. Además, ese trabajo requeriría de una ardua labor de documentación y yo, entonces, la verdad, reservaba mis energías para otros menesteres que a mí me parecían más altos.

El asunto quedó archivado en el cajón mental de los planes irrealizables hasta unos días después. Una mañana abrí el periódico y allí estaba lo de la Fundación. Resultaba que un viejo editor de éxito, natural de mi ciudad pero que había pasado toda su vida fuera, quería rendir un último tributo a su tierra antes de morir y, para ello, había constituido una Fundación que llevaba su nombre, la cual tenía intención de publicar colecciones de poesía, de narrativa, ¡y de biografías! escritas por autores noveles. A continuación, el artículo resumía la azarosa vida del editor haciendo hincapié en que el origen de su fortuna había que buscarlo en la Cuba precastrista, en donde había empezado de empleado de una imprenta, luego con una pequeña editorial... ¡hasta que llegó Fidel! Y fue justamente cuando para él comenzó la diversión. No tuvo más remedio que emigrar a Florida y allí encontró su Eldorado particular.

La coincidencia del lugar del comienzo de la fortuna del editor y el de la vida de la poetisa no dejó de hacerme gracia. Recuerdo que se lo comenté a Carmen y ella me preguntó que por qué no le hacía caso a mi tía y escribía algo sobre la relación de Julio y Margot. Según ella, nada perdería, en el estado de incertidumbre en que me encontraba, por explorar una nueva vía y, de camino, quizá conocer a gente influyente en el mundo de la edición, que eso nunca estaba de más, y yo debería saberlo bien, en un negocio tan complicado como era la escritura a pecho descubierto.

Una vez más, tengo que reconocer que no le costó a Carmen mucho convencerme con su lógica aplastante, esa cualidad de la que yo carezco totalmente.

Dicho y hecho. Una mañana de mediados de junio, allí estaba yo, pulsando el botón del ascensor del edificio en donde se hallaba la Fundación, con mi viejo ejemplar bajo el brazo y todas las insensatas ilusiones de un colegial en la cabeza, dispuesto a venderles la idea de la biografía como quien vende peines eléctricos a domicilio.

II

No conozco días más tristes que las últimas jornadas de agosto en una ciudad desierta y calurosa como es la mía durante el verano.

Mal que bien había conseguido terminar de corregir unos relatos pendientes y me había obsequiado a mí mismo con una semana de descanso en la playa, ni un día más. Allí se había quedado Carmen, descansando durante las merecidas vacaciones de su remunerado trabajo. Sin embargo, yo, que era mi propio *empresario*, había considerado excesivo tomarme más de siete días, culpable como me sentía por mi tendencia creciente a la pereza y mi preocupante incapacidad durante los últimos años de ganar dinero.

Así que aquí estaba, con las persianas bajadas y el aire acondicionado puesto todo el día, como un topo en su madriguera, dedicado a leer las famosas cartas y a empacharme de biografías de Margot sin saber muy bien como empezar aquel *encargo* que aún no era tal, pero al que yo me aferraba como a un clavo ardiendo, pues le había prometido a mi mujer que si en un año, a contar desde entonces, no me había sido presentado un contrato de edición en firme y dispuesto para ser firmado, renunciaría para siempre a mis sueños literarios y volvería al aborrecido bufete.

A esa situación bastante angustiada contribuía, además, el contenido de lo que estaba leyendo. Jamás hubiera podido imaginar a una persona a quien le ocurrieran tantas desgracias juntas en la vida como a Margot-Eloísa. Al menos, eso era lo que reflejaban sus misivas que parecían estar escritas con lágrimas más que con tinta y lanzadas al mar con la desesperación con que un náufrago mete el mensaje en la botella.

Y, sin embargo... A medida que iba conociendo mejor a aquella mujer se iba operando en mí una curiosa transformación. Una creciente simpatía hacia su figura me iba invadiendo y empezaba a contemplarla con mirada distinta. Llena de fuerza y desvalida a un tiempo, esnob y voluntariosa, poseída de unas ansias de absoluto que algunas veces había detectado en mí mismo. Incapacitada como nadie para enfrentarse a la vida vulgar de cada día.

Sus cartas me recordaban una partitura en la que las notas sonaran a un largo y sostenido lamento frente al mundo, no sólo frente a la indiferencia amorosa que le mostraba mi antepasado. El tono de sus poemas, aunque algo altisonante, como era propio de su época, reflejaba al mismo tiempo una cadencia y sensualidad que a mí me resultaban extrañas y, al mismo tiempo, muy familiares. Sus novelas, pues no sólo poemas había escrito, me llenaban la cabeza de conceptos e imágenes para mí desconocidos hasta entonces: aguaceros

intempestivos, calor pegajoso; copas de palmeras que giran enloquecidas, como ventiladores, en la noche tropical; rayos y truenos en la tarde que cubren con su estremecedora luz y con su estruendo la entera inmensidad del mar. Árboles frondosos de nombres tan extraños como ceiba, jobo o mamey. Elegantes damas vestidas con telas ligeras y coloridas conducidas en quitrines guiados por esclavos negros. Veladas nocturnas en las mansiones de ricos hacendados criollos, en cuyas verandas, construidas de finas maderas e iluminadas por barrocos candelabros, se declamaban versos de Musset y de Lamartine o se leían las obras de Chateaubriand y de Madame de Staël. Sonatas de Chopin a la luz de la luna interpretadas por un joven pianista de largo cabello y negra levita, corbata de lazo y ojos incendiados de pasión, que traspasaban la piel de color caoba de la hermosa damisela, que era ella misma, porque tanto los poemas como los relatos tenían un cariz marcadamente autobiográfico.

A finales de agosto volvió Carmen. La casa recuperó de nuevo su olor a mañana y a café recién hecho. Las flores marchitas fueron repuestas por otras frescas y los jarrones volvieron a llenarse de agua. Mi angustia ante la falta de noticias de los editores, sin embargo, olvidada durante todo el verano gracias a Margot, reapareció con su presencia, aunque ella no hubiera mencionado ni una palabra al respecto.

Lo que sí notó Carmen, a medida que le hablaba con pasión de Eloísa, de cómo había llegado a la Península en 1836, de cómo había sido maltratada por su padrastro y con qué voluntad indomable se había enfrentado a todo y a todos, empezando por sí misma, en su empeño por vivir exclusivamente de la Literatura, en una época como aquella, en la que el destino reservado a las mujeres era el fogón o el tocador, fue mi admiración por ella y, tal vez, eso fue lo que la puso de mal humor permanente.

Parecía sentir... celos; sí, aunque suene ridículo, celos. Unos celos absurdos y retrospectivos de Margot, como si, desde la tumba, ésta pretendiera ocupar un lugar en mi corazón que sólo debía pertenecer a los vivos y, concretamente, a ella.

La actitud de Carmen y mis intentos infructuosos por hacerla razonar terminaron contagiándome y sumiéndome también a mí en una profunda melancolía. El verano tocaba a su fin y yo empezaba a pensar si tampoco aquel proyecto tendría salida y debería volver de nuevo a ejercer una actividad para la que ya no sólo me sentía incapaz, sino ampliamente desfasado en cuanto a conocimientos y relaciones.

El otoño me sorprendió con pocas lecturas más sobre Eloísa que las que ya había hecho en verano y sin una línea de la biografía escrita.

Una tarde lluviosa de finales de octubre me encontraba caminando por los arrabales de la ciudad haciendo unos recados cuando se me ocurrió una idea o, más bien, me dejé llevar por un impulso.

Cerca de allí estaba el viejo cementerio y yo sabía que en él estaba enterrada Margot. Tal vez podría enterarme de la situación de la calle en donde la nota necrológica de un viejo periódico de la época, que había

consultado en la hemeroteca, situaba el sepulcro, si es que aún existía, y llevarle unas flores. Por supuesto, no diría nada a mi mujer de esta excentricidad.

Cuando llegué era casi de noche y estaban a punto de cerrar. Con la ayuda de un plano pude localizar la calle de la Piedad. Estaba casi a la entrada. Luchando contra el viento, que levantaba en remolinos las hojas caídas en el suelo, el agua y la oscuridad, fui mirando uno por uno los rótulos de las tumbas situadas en la acera izquierda hasta que por fin di con la que buscaba.

El corazón se me subió a la boca y tuve que inspirar a fondo para evitar ahogarme. ¡Allí estaba! Allí estaba Margot, lo que quedaba de ella, encerrada eternamente entre cuatro paredes de ladrillo visto, ennegrecido por el musgo y el olvido.

Sobre la losa, únicamente había inscrita una sencilla cruz y debajo un letrero que rezaba “Eloísa Hernández de Ayala (1816-1869)”.

Fue al ir a depositar las flores cuando reparé que, a mis pies, casi al filo goteante de la lápida, había también grabado un pequeño galeón sobre las olas y una frase casi ilegible escrita en latín, que me costó descifrar a la débil luz de las farolas: “*Fluctuat nec mergitur*”.